

*Enseñame a volar de Pilar Domingo 1994, pintura, Rio de Janeiro - Brasil.*



# Recorrido sensible en las calles de Chimalhuacán: cuerpo y emociones en una marcha feminista\*

A Sensitive Walkabout on Chimalhuacán Street: Body and Emotions in a Feminist March  
// Percursos Sensíveis nas Ruas de Chimalhuacán: Corpo e Emoções em uma Marcha Feminista

**Carla V. Carpio Pacheco\*\***

Universidad Nacional Autónoma de México, México  
carpa.cv@gmail.com

*Revista Corpo-grafías: Estudios Críticos de y desde los Cuerpos* / volumen 10 - número 10 / enero-diciembre del 2023 / ISSN impreso 2390-0288, ISSN digital 2590-9398 / Bogotá, D.C., Colombia / pp. 131-145

**Cómo citar este artículo:** Carpio, C. (2023, enero-diciembre). Recorrido sensible en las calles de Chimalhuacán: cuerpo y emociones en una marcha feminista. *Revista Corpo-grafías: Estudios Críticos de y desde los Cuerpos*, 10(10), pp. 131-145 . ISSN 2390-0288.

**Fecha de recepción:** 16 de noviembre del 2022

**Fecha de aceptación:** 19 de diciembre del 2022

**Doi:** <https://doi.org/10.14483/25909398.20308>



\* Artículo de investigación social: el artículo titulado “Recorrido sensible en las calles de Chimalhuacán: cuerpo y emociones en una marcha feminista” es resultado de un trabajo interdisciplinario que llevé a cabo durante mi investigación doctoral. En el texto recupero las aportaciones teóricas del giro afectivo en las ciencias sociales y el feminismo, en diálogo con la observación empírica y participante por medio de una propuesta metodológica para leer la ciudad, los cuerpos generizados y las emociones en la protesta social contemporánea.

\*\* Socióloga y maestra en Estudios Políticos y Sociales, así como doctora en Estudios latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Paralelamente a sus estudios de doctorado, incursionó en el feminismo desde diversas aproximaciones pedagógicas en talleres con niñas y jóvenes en compañía de la colectiva de escritoras, académicas y activistas *Sícorax*. Actualmente, realiza una estancia posdoctoral en el Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) de la UNAM. Sus investigaciones giran en torno a las acciones de protesta social en el espacio público desde una perspectiva corporizada y feminista.

## Resumen

Las marchas son un recurso ampliamente utilizado por la protesta social, sobre todo en ámbitos urbanos. Su presencia en las calles visibiliza y hace tangibles los cuerpos indignados, incluso de aquellos que ya no están presentes, pero cuyas voces se hacen escuchar a través de quienes salen a manifestarse. El objetivo de este artículo es mostrar la relevancia de las marchas feministas como dispositivo de la protesta social y su interacción con el espacio urbano a partir de la noción de corpografías urbanas. Esto permite analizar el vínculo de las emociones y el cuerpo en el activismo político. En particular, se toma en consideración la Marcha contra las Violencias Machistas en el municipio de Chimalhuacán, Estado de México en 2017, la cual es descrita a partir de mi trabajo de investigación participante. Este artículo pretende contribuir a la investigación interdisciplinar de las protestas sociales, principalmente las marchas feministas de la cuarta ola que han puesto en práctica formas novedosas de ocupación del espacio público. Asimismo, se propone mostrar el desarrollo de dichas manifestaciones que movilizan una serie de redes de apoyo y creación colectiva de las que la marcha es solo el resultado más visible.

## Palabras clave

Corporalidad, emociones, espacio público, marchas feministas, política

## Abstract

Marching is a mechanism widely used for social protest, particularly in urban settings. It brings the bodies of the outraged into visibility and tangibility, including those of individuals who are no longer alive but continue to speak through the voices of those who take to the streets. The aim of this paper is to show the importance of feminist demonstrations as a device for social protest and their interaction with urban spaces, focusing on the concept of urban corpographies. This makes it possible to analyze the connections between emotions and body in political ac-

tivism. Specifically, I will delve into the March Against the Male Violence in Chimalhuacán, State of México, in 2017, drawing on my participatory research. This paper intends to contribute to the interdisciplinary research on social protests, with a particular emphasis on the innovative methods employed by the fourth wave of feminist that implemented innovative ways of public space occupation. Also, it aims to showcase the development of these demonstrations, which give rise to a multitude of support networks and collective creations, of which the demonstrations themselves are merely the most visible outcome.

## Keywords

Embodiment, emotions, feminist march, public space, politics

## Resumo

As marchas são um recurso amplamente utilizado para o protesto social, sobretudo em âmbitos urbanos. Sua presença nas ruas torna visíveis e tangíveis os corpos indignados, mesmo daqueles que não estão mais lá, mas que levantam suas vozes através daqueles que saem às ruas. O objetivo deste artigo é mostrar a relevância das marchas feministas como dispositivo de protesto social e sua interação com o espaço urbano a partir da noção de corpografias urbanas, o que nos permite analisar o vínculo entre as emoções e o corpo no ativismo político. Em particular, refiro-me ao caso da Marcha contra as violências machistas no município de Chimalhuacán, Estado do México, em 2017, que descrevo a partir do meu trabalho de pesquisa participante. Este artigo pretende contribuir para a investigação interdisciplinar dos protestos sociais, em particular das marchas feministas da quarta onda que colocaram em prática novas formas de ocupação do espaço público. Da mesma forma, pretende-se mostrar o desenvolvimento dessas manifestações que mobilizam uma série de redes de apoio e criação coletiva das quais a marcha é apenas o resultado mais visível.

## Palavras-chave

Emoções, espaço público, corporalidade, marchas feministas, política

En América Latina, el acto de caminar como forma de protesta ha sido un recurso ampliamente utilizado por su potencia para hacer visible el dolor, la rabia y la indignación en diferentes momentos históricos. Desde las caminatas de las madres de la Plaza de Mayo en Argentina hasta las Caravanas zapatistas (2001 y 2006) y las caravanas del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (2011) en México. El hecho de caminar ya sea para trasladarse o no de un lugar a otro, revela la presencia de cuerpos indignados que reclaman justicia para las víctimas de desapariciones forzadas y asesinatos impunes.

Las marchas son una manifestación de esas formas de protesta. Se trata de caminatas cuyas trayectorias y puntos de llegada adquieren significados particulares. Muchas veces tienen el propósito de visibilizar los distintos reclamos sociales y a menudo se llevan a cabo en el corazón de las ciudades, donde se concentran los poderes fácticos.

Otras veces el recorrido mismo busca evidenciar, mediante el acto de caminar, aquellas zonas opacas y marginales donde los diversos tipos de violencias se han vuelto insosportables para la población y donde la justicia nunca llega. Al respecto, el movimiento feminista contemporáneo ha contribuido para visibilizar la violencia que padecen las mujeres y niñas que habitan en las zonas periféricas de la ciudad de México y su amplia zona conurbada.

En 2016, se llevó a cabo una movilización que se difundió en las redes sociales como parte de las movilizaciones del 24 de abril, utilizando los *hashtags* #24A #PrimaveraVioleta y #VivasNosQueremos. Esta marcha tuvo como punto de partida el municipio de Ecatepec, en el Estado de México, y llegó hasta el monumento del Ángel de la In-

dependencia en la Ciudad de México; su recorrido aproximado fue de 20 km (Navarrete, 2016). La intención de este largo recorrido era, por un lado, hacer visible la violencia contra las mujeres en ese municipio, en particular los feminicidios, pero también el acoso, violaciones y desapariciones que son parte de su vida cotidiana. Por otro lado, se pretendía descentralizar la protesta de la ciudad de México y, en mi opinión, también se logró evidenciar la violencia espacial y de movilidad que padece la población que tiene que desplazarse durante largos trayectos todos los días hacia la zona más céntrica de la capital.

Por ello, creo que es importante articular la potencia del acto de caminar con el espacio urbano y la violencia de género en el análisis de este tipo de protestas. De modo particular, me voy a referir a la marcha que tuvo lugar en el municipio de Chimalhuacán, también del Estado de México, en el marco de las movilizaciones del 25 de noviembre de 2017 por el día internacional contra las violencias machistas y con motivo de protestar contra el asesinato de la joven Diana Velázquez Florencio.

Las reflexiones que presento en este artículo se derivan de mi participación en dicha manifestación como asistente dentro del contingente de la Ciudad de México y junto con algunas miembros de una colectiva feminista con quienes colaboraba activamente en ese momento. Es importante señalar mi posición en este acto político puesto que la descripción que hago es desde una mirada ajena al contexto de Chimalhuacán y los testimonios que recuperé provienen de compañeras de la colectiva *Sícorax*, con quienes asistí a ese evento.

A partir de ello, me interesa indagar cómo las emociones configuran modos de comportamiento y estrategias para afrontar el miedo de forma colectiva entre las mujeres que asisten a las marchas. De este modo, en el marco de los estudios sobre las emociones vinculadas con la política y la cultura que tuvo lugar en ciencias sociales a partir de los años noventa del siglo pasado, este artículo

propone una lectura de las marchas feministas como corpografías urbanas donde se ve implicado el sentir-pensar corporal desde el punto de vista de quienes participan en ellas. Este concepto, tomado de la investigación en urbanismo y danza, se recupera y amplía su alcance para comprender la incidencia de formas políticas de acción que describen los cuerpos en la marcha.

Tomando en cuenta que algunas manifestaciones apelan a un impacto emocional más amplio que rebasa la mera “adherencia racional”, como ha señalado el sociólogo James Jasper (2012), y también considerando los señalamientos de Sara Ahmed (2017) sobre la imbricación de las emociones en la política, en este trabajo se muestra la importancia de la corporización de las emociones y su relación con el espacio urbano como un recurso que las marchas feministas han incorporado de manera explícita en sus estrategias políticas de autocuidado. Esto marca un contraste con una tendencia anterior predominante en la militancia tradicional que solía ocultar las emociones.

El artículo se divide en tres apartados. El primero describe las bases conceptuales para entender la relación del espacio urbano y el cuerpo a partir de las corpografías que trazan los cuerpos en el espacio, particularmente la manera en que el género altera sus trayectorias guiadas por el miedo. El segundo describe brevemente el contexto de violencia en el Estado de México y el caso de la marcha del 25 de noviembre en Chimalhuacán. Por último, se presenta una lectura de dicha movilización como una corpografía y en qué sentido representó una forma de resistencia frente al miedo, la cual fue guiada por la indignación.

En el caso particular de la marcha el ejercicio de memoria respecto a las calles que recorría la víctima puso en evidencia las condiciones a las que se enfrentan muchas mujeres, la mirada desde la cual es leída y experimentada esa marcha es ajena al contexto. Por ello es relevante

mencionar cómo fue el miedo el motor para generar protocolos de seguridad para asistir.

## **Emociones, Cuerpo y Espacio**

Los feminismos en el cruce entre academia y activismo han contribuido a cuestionar las dicotomías jerárquicas que el pensamiento occidental ha reproducido de diversas maneras y que permean todos los ámbitos de nuestra vida. De esta manera, ha señalado que dentro de los binarismos racional-emocional, mente-cuerpo y varón-mujer se encajilla todo lo existente, y se pretende que no exista nada más fuera de esas categorías “exhaustivas y excluyentes” (Maffia, 2016, p. 137). Además, dentro de esas dicotomías se ha impuesto el predominio de lo mental y racional asociado al varón, en oposición a lo emotivo y corporal correspondiente a la mujer. De acuerdo con esta asociación, los elementos afectivos se subordinan a los racionales en el proceso de subjetivación, que supone, entre otras cosas, separar la política como terreno de lo racional del ámbito emocional, pues la misma indignación hacia los distintos tipos de opresiones es una reacción emocional que involucra ya una “lectura específica del mundo” (Ahmed, 2017) y por tanto un posicionamiento político.

Dentro de las ciencias sociales, el llamado giro afectivo también ha contribuido a recuperar la importancia del papel de las emociones en la estructura social y la acción colectiva. Desde los estudios sobre los movimientos sociales, James Jasper (2012) hace una crítica hacia las teorías que pretenden entender las protestas y movilizaciones a partir de la elección racional de los sujetos. Para el sociólogo, la acción política no es un tipo de acción, sino una estrategia que surge en un contexto determinado que nunca es resultado únicamente del cálculo racional, sino que está imbuida de emociones. Las emociones desde su punto de vista son reacciones a las interacciones con el mundo y están mediadas social e históricamente a partir de lo cual se explica que algunas de ellas se consideran más deseables, o menos vergonzosas que otras.

En términos políticos, algunas emociones como la rabia, el dolor y la indignación tienen un poder movilizador en la acción colectiva. En este sentido, el feminismo también ha contribuido a señalar el sesgo político de las emociones que históricamente han sido más o menos permitidas para sentir y manifestar para ciertos sectores según condiciones de desigualdad de género, clase o etnia. Por ejemplo, la regulación en la intensidad del enojo vinculado a las mujeres ha contribuido a su opresión, mientras que el miedo ha actuado como un factor regulador y restrictivo para la ocupación del espacio público, sobre todo para ciertos grupos poblacionales (Soto, 2018).

Las emociones inducen nuestros modos de actuar y atraviesan por nuestros cuerpos. Por ello, es necesario referirnos a una dimensión corpóreo-afectiva que se pone en relación socialmente puesto que “los cuerpos sienten en relación con otros y ese sentir implica sensaciones, significados, afectos y emociones” (Sabido, 2019, p. 19). Esta dimensión corpóreo-afectiva configura mundos sensorios, cultural e históricamente situados y marcados por condiciones desiguales de género, clase y etnia, lo cual genera experiencias sensoriales mayormente compartidas por ciertos grupos sociales que por otros.

Por último, cabe señalar el carácter performativo de las emociones en tanto que “emergen del discurso, nos asignan investiduras afectivas y los cuerpos las replican” (Torres, 2022). Esta réplica no significa que los cuerpos sean sintientes pasivos, sino que la acción reiterada de ciertas acciones junto con los discursos que acompañan las emociones que los atraviesa configuran modos de ser y estar en el mundo.

Así pues, cuando se afirma que las mujeres son más vulnerables al transitar ciertas zonas de las ciudades, se trata de una serie de discursos hechos cuerpo que las atraviesan y modos de actuar que configuran su andar por el espacio urbano. Como vemos, se añade aquí una tercera categoría que es el espacio, puesto que las emociones

que atraviesan los cuerpos también configuran trayectos, movilidades y espacialidades específicas.

En relación con una emoción concreta como el miedo, es posible afirmar que el temor que ciertas personas tienen a diferentes espacios determina en buena medida sus patrones de comportamiento y movilidad. De acuerdo con lo anterior, podemos decir que el miedo no se siente igual para todos y para todas, y eso obedece a contextos socioeconómicos y culturales diferenciados. Por tanto, el miedo es una emoción que se percibe de modo diferenciado de acuerdo con variables como el género, la clase y la etnia. A partir de ello, produce corporalidades desiguales y modos de actuar que reproducen ciertas formas de exclusión social.

En ese tenor Paula Soto, siguiendo de cerca a Sara Ahmed, afirma que la mutua relación entre el miedo y el espacio ha generado cierta política espacial que tiende al confinamiento y la restricción de las mujeres en el espacio público, y por consiguiente una “sobreactivación” del ámbito privado. Esto ha llevado a señalar que existen “geografías del miedo” (Soto, 2022) que se inscriben en diferentes niveles e intensidades en las ciudades.

Desde algunos enfoques del urbanismo y en el ámbito de las políticas públicas, una respuesta frente a estas geografías del miedo ha sido la implementación de espacios “seguros” vinculados a las condiciones de infraestructura como iluminación o el reencarpetamiento de calles y avenidas, o bien con iniciativas exclusivas para mujeres en el transporte público. Sin embargo, en el contexto de ciudades latinoamericanas dichas medidas han estado ausentes o han demostrado ser insuficientes, dadas las condiciones de hacinamiento, deterioro del transporte público, la falta de servicios básicos y el crecimiento desmedido de la mancha urbana, sobre todo en zonas periféricas cada vez más robustecidas. En estas latitudes, las mujeres tienden a experimentar mayor miedo a la violencia, en especial la de tipo sexual, y normalizan una serie de

conductas restrictivas en su movilidad dadas las condiciones cotidianas a las que se enfrentan.

Por otro lado, el miedo como “emoción espacializada” (Soto, 2022) y socialmente compartida ha sido también un detonante para la emergencia de la indignación y la rabia en esta nueva ola de movilizaciones feministas. En manifestaciones que tuvieron lugar en México a partir de 2016 “el enojo y el hartazgo no contribuyeron a que las mujeres continuaran en el espacio privado presas del miedo. Todo lo contrario, tales sensaciones que atraviesan y circulan entre los cuerpos sirvieron para que se les diera un rostro con carácter resignificador a estas investiduras afectivas de la feminidad” (Torres, 2022, p. 67). ¿Cómo vincular entonces emociones como el miedo y el enojo que atraviesan los cuerpos con el espacio urbano?

La experiencia de caminar la ciudad se inscribe en diversas escalas y temporalidades en el propio cuerpo. Esto se traduce en patrones corporales, gestos y movimientos que pueden estudiarse como corpografías urbanas donde el cuerpo tiene la capacidad de “re-escribirse” a sí mismo y a la ciudad que habitan, haciendo explícitos los disensos y conflictos sociales que la atraviesan. De acuerdo con Paola Beristein y Fabiana Britto (2012), las corpografías urbanas son un tipo de cartografía de la ciudad vivida que escriben los cuerpos por medio de sus acciones en el espacio, al mismo tiempo que la ciudad configura el cuerpo de quienes la habitan.

Esta forma de concebir el espacio se aleja de la idea apriorística del espacio mental y abstracto preexistente a la práctica social, la cual ha sido dominante en el discurso de la modernidad capitalista que presupone que este es neutral y transparente y, por tanto, ajeno a las condiciones materiales e históricas que lo constituyen, así como también a las prácticas sociales que en él se despliegan (Lefebvre, 2013).

La concepción del término corpografías se nutre del pensamiento de autores como Richard Sennett (1997) que en su libro *Carne y piedra* estudia la relación del cuerpo

humano y la ciudad desde el desarrollo mismo de la sociedad occidental. De acuerdo con el sociólogo, “el cuerpo se mueve pasivamente, desensibilizado en el espacio, hacia una geografía urbana fragmentada y discontinua” (Sennett, 1997, p. 21), lo cual se ha visto reflejado en una “crisis táctil” o “privación sensorial del cuerpo en el espacio” (Sennett, 1997, p. 274).

Siguiendo el análisis del sociólogo centrado en lo corporal, Berenstein y Britto recuperan la idea de que la experiencia urbana ha sido “empobrecida” porque las lógicas con que opera el urbanismo privilegian la “espectacularización de las ciudades”, los grandes edificios, las calles para que transiten los autos, y las zonas comerciales, dejando en segundo plano otras necesidades humanas básicas. De este modo, en las ciudades modernas se satura la experiencia sensorial, pero al mismo tiempo se vacía de sentido pues “esteriliza la esfera pública política” y la convierte en “escenarios desencarnados, fachadas sin cuerpo y pura imagen publicitaria” (Britto y Berenstein, 2012, p. 143).

Sin embargo, las autoras brasileñas proponen ahondar en las formas de agencia que se desarrollan en la relación cuerpo y ciudad, por medio de la noción de corpografías urbanas. Si bien la ciudad imprime un registro corporal en sus habitantes, también hay un margen para transgredir y generar nuevos registros. Es aquí donde aparecen las corpografías, como la capacidad que tienen los cuerpos de modificar su experiencia de ciudad, por ejemplo, al transitar nuevos caminos, cambiar rutinas, adaptar trayectorias y construir nuevas formas de habitar el espacio urbano. Por ello, sostienen que las corpografías constituyen formas de “microresistencia al empobrecimiento de la experiencia urbana” (Berenstein, 2008, s/p).

A partir de estos postulados se abren algunas preguntas sobre las posibilidades de resistir por medio de la experiencia urbana en contextos de ciudades latinoamericanas y más específicamente en los márgenes de estas. Si consideramos que la hostilidad de estos espacios “desen-

carnados” para habitar la ciudad está presente también en las zonas marginalizadas, podemos hacer extensiva la lógica del empobrecimiento de la experiencia urbana en dichas áreas.

Una característica de esta oleada feminista en nuestro país ha sido la reivindicación de las periferias, donde han emergido diversos colectivos feministas organizados principalmente contra a la violencia hacia las mujeres que se vive en algunos municipios del Estado de México. A pesar de esto, también existen alcaldías de la misma ciudad donde las organizaciones de mujeres se autonombran periféricas. Por lo tanto, al hablar de periferia en este contexto, podemos afirmar que involucra no solo una circunferencia externa, sino una forma de relación desigual respecto con el centro, puesto que “heredó la connotación despectiva de la palabra arrabal, pese a que dicha palabra había caído en desuso en los estudios urbanos en el siglo XX” (Villegas, 2022, p. 78).

En los márgenes de la ciudad, se pueden encontrar grandes edificios junto a calles sin asfaltar ni áreas verdes para estar. Las calles sirven como lugares de paso para llegar de un punto a otro, pero debido a la carencia de iluminación, deficiencia de banquetas o falta de espacio, no son lugares para el disfrute o la estadía. Especialmente para las mujeres, estos lugares pueden percibirse como lugares amenazantes, como han demostrado algunos estudios que señalan el género como “uno de los factores que mayor incidencia tienen en la movilidad geográfica de las mujeres en zonas urbanas” (Soto, 2012, p. 148).

En estos casos cabe preguntarse qué microrresistencias podrían describir las corpografías de las mujeres que habitan las zonas conurbadas de la ciudad de México y en qué momentos se expresan. Si bien las corpografías sugieren una resistencia en el deambular, en la espontaneidad y la errancia, siguiendo los estudios sobre movi-

lidad de mujeres en México considero que la sensación constante de miedo puede dificultar este tipo de acciones. Por el contrario, propongo que las acciones organizadas de acompañamiento como lo son las marchas feministas entre otras formas de protesta contribuyen a generar micro resistencias en el habitar el espacio público por las mujeres.

En relación con los planteamientos anteriores, propongo una lectura de la Marcha contra las violencias machistas del 25 de noviembre de 2017 en el municipio de Chimalhuacán como un ejercicio de corpografía urbana. Considero que el trayecto que siguió esta marcha fue un recorrido sensible, ya que buscaba sensibilizar a las habitantes del lugar y acompañar a los familiares de las víctimas en relación con el feminicidio, más que obtener una amplia visibilidad en medios de comunicación. Esta acción, junto con otras llevadas a cabo en el municipio, respaldó y apoyó la larga lucha que los familiares de la joven Diana, asesinada en ese municipio en 2017, emprendieron hasta conseguir que al menos uno de los responsables haya sido recientemente sentenciado (Soto, 2022).

## **Recorrido sensible en las calles de Chimalhuacán**

El Estado de México ocupa los primeros lugares en casos de feminicidios e impunidad del país, dentro del cual destacan los municipios de Ecatepec y Chimalhuacán (Medrano, *et al.*, 2019). Debido a la falta de justicia y el aumento de la violencia hacia las mujeres, diversos sectores de la población se han organizado a través de una amplia red que vincula familiares de las víctimas con activistas y colectivos feministas independientes.

Como resultado de dichos esfuerzos organizativos, se han llevado a cabo diversas manifestaciones para hacer visible la violencia contra las mujeres y los asesinatos que se siguen cometiendo en la región con total impu-



nidad. Estas protestas sociales que se realizan en los municipios antes mencionados y algunos otros del Estado de México, como el municipio de Nezahualcóyotl, reclaman a la sociedad civil y los gobernantes prestar atención hacia lo que acontece en la zona conurbada.

En el marco de las acciones por 25 de noviembre de 2017, en conmemoración del Día Internacional de la Eliminación de Violencia contra las Mujeres, diversas colectivas del Estado de México convocaron una marcha en el municipio mexiquense de Chimalhuacán. El motivo fue el feminicidio de Diana Velázquez Florencio, una joven de 24 años que fue violada y asesinada el 2 de julio de ese año, cuyo caso estuvo marcado por una serie de incongruencias e irregularidades por parte de las autoridades que procedieron lenta y deficientemente en la investigación del caso.

La mamá de Diana, Lidia Florencio, al ver que no recibía ningún tipo de apoyo y que por el contrario las autoridades se negaban a investigar el caso, se acercó a algunos colectivos para exigir justicia. Uno de ellos fue la Asamblea Vecinal “Vivas nos queremos Neza”, del municipio de Nezahualcóyotl, que se había conformado poco tiempo antes del asesinato de su hija. Allí, encontró un espacio para la escucha y el acompañamiento y así fue como se pensó en la organización del 25 de noviembre de 2017 en Chimalhuacán (Soto, A., 2018).

Una de las decisiones que se tomó fue que el recorrido de la marcha no fuera únicamente por las calles principales y de mayor visibilidad, sino que se trazó una ruta a partir de las sugerencias de Lidia Florencio. Este recorrido incluía las calles por donde transitaba su hija, que es también donde se desplazan y desaparecen decenas de mujeres todos los días.

En semanas previas a la marcha, en el centro de la Ciudad de México se llevó a cabo una reunión de convocatoria abierta donde participaron entre otras Las del Aquelarre y Colectiva

*Sícorax*, de la que formo parte, por lo cual las descripciones que realizo en este trabajo cobran un carácter de investigación participante. En dicha reunión, se determinó asistir juntas como contingente exclusivo de mujeres de la ciudad de México para cuidarnos entre todas y además contribuir de esa forma a la descentralización de las protestas, bajo la premisa de que “si ellas realizan todos los días el trayecto inverso, por qué no vamos para allá nosotras”. El autocuidado y la seguridad en esta marcha fue un tema muy importante porque el Estado de México se caracteriza por la corrupción y la inseguridad en todos los niveles y al tratarse de un punto de difícil acceso es necesario cuidarnos entre todas.

El 25 de noviembre, el punto de reunión para llegar juntas a Chimalhuacán fue la entrada del Mexibús afuera de la estación Pantitlán del metro. Desde allí, partimos organizadas en pequeñas células de siete personas, acompañadas con una miembro de la Brigada humanitaria Marabunta, que es una asociación civil que desde 2012 ayuda a prevenir escenarios de violencia, y en caso de haberlos, atiende heridos y documenta los hechos para denunciar escenarios de represión.

Después del Mexibús, tomamos un transporte más y al fin llegamos a la explanada del Palacio Municipal donde había pancartas con denuncias a policías y otros servidores públicos sobre casos de acoso y violación, así como una manta muy grande de Nos queremos vivas Neza junto con otra denunciando el feminicidio de la joven Diana Velázquez, cruces rosas y fotografías de otras víctimas de feminicidio en la entidad. Esperamos un tiempo la congregación de personas y finalmente entre consignas se conformó un cuerpo conjunto que comenzó a avanzar.

Dado que el recorrido no siguió avenidas principales, conforme avanzaba en las calles hacía la primera escala, se podía observar un clima de sorpresa y tensión en los vecinos, así como entre los agentes policiales que no dejaron de seguir y grabar a las manifestantes dado que en esas calles no suelen ocurrir manifestaciones de este tipo.



Figura 1. Palacio Municipal de Chimalhuacán. 25 de noviembre de 2017. Archivo de la autora.

El miedo fue una emoción constante que manifestaron algunas de las asistentes con quienes tuve la oportunidad de platicar después de la marcha, como se puede ver en el siguiente testimonio:

La marcha del 25N era algo nuevo porque, aunque vivo en el Estado de México, he asistido a pocas marchas en este territorio. Preparé mi ropa morada y pensaba que ya en la marcha andaría sin blusa. Pero cuando estábamos en la marcha mis compañeras estaban cansadas y desubicadas, yo también puesto que la marcha fue en Chimalhuacán y yo vivo en Ayotla y a pesar de que sean parte del Edo. de México los municipios son muy distintos, los policías nos tomaban fotos, nadie se quitó la blusa, sentí por un momento que, aunque íbamos muchas teníamos miedo” (Andrea C., comunicación personal, 23 de febrero 2018).

El miedo es una respuesta a la amenaza de violencia que experimentan algunos cuerpos más que otro. En este caso, los cuerpos femeninos frente a la mirada policial. Esta respuesta emocional moldea el espacio social y corporal dado que el acceso al espacio público para las mujeres ha estado mediado por una narrativa de vulnerabilidad femenina (Ahmed, 2017) que sugiere estar “en guardia” a la expectativa constante de una mirada amenazante, casi siempre masculina, una palabra, un sonido, un tocamiento, etc.

El cuidado “femenino” entonces, deviene en angustia constante que al vislumbrar un posible daño futuro funciona como regulador de la movilidad de las mujeres. Para que unos cuerpos transiten libremente, hay otros que tienen restricciones, y esto es un efecto de una distribución desigual del miedo. De nuevo en palabras de Sara Ahmed: “La vulnerabilidad no es una característica inherente a los cuerpos de las mujeres; más bien es un efecto que funciona para asegurar la feminidad como una delimitación del movimiento en público, y una sobre-habitación de lo privado” (Ahmed, 2017, p. 117).

La corpografía que puede leerse primeramente en el tránsito de estas calles imprime el miedo, la precaución y la angustia, la “desubicación”, como señala el testimonio de arriba, el sentirse fuera de lugar, o en un lugar hostil de calles descarnadas donde no se pertenece.

Al mismo tiempo, la corpografía que emergió conforme avanzaba la marcha involucra otras emociones como la indignación y el asombro al saber-sentir un cuerpo colectivo, devolviendo la vida a esas calles desencarnadas, incluso en espacios tan agrestes como el llamado “campo rojo” donde fue la primera parada.

Este sitio, según pude investigar, en el día se utiliza para jugar fútbol “llanero” y colinda con un “deshuesadero”, lleno de autos viejos y chatarras. Pienso en la implicación corporal de esa palabra “deshuesadero”, término que utilizamos comúnmente para nombrar el “desmembramiento” de autos y otros objetos. Un sitio lleno de restos y huellas que quieren borrarse, pero se niegan a desaparecer. pienso entonces que quizá el mismo campo rojo es también un deshuesadero de otra naturaleza.

Frente a él la marcha se detuvo y algunos grupos entonaron canciones, y otras intervenían las paredes cercanas con estenciles, grafitis y *paste up*, sacudiendo el abandono de esas calles empolvadas. Estas acciones convierten “la calle en un texto” que puede ser leído aún tiempo después de que la marcha pasa por ahí, así mismo permiten “re-elaborar, proponer significados, símbolos y valores vinculados a la deconstrucción del orden patriarcal hegemónico” (Soto, 2015, s/p). Las intervenciones callejeras fueron también una especie de ritual por la memoria de las mujeres que han desaparecido y asesinado, ahí y en otros lugares, pero también un recordatorio de la fuerza colectiva, un ejercicio de confrontación y de acompañamiento. En ese sentido, detener la marcha ahí puede leerse como un ejercicio de micro-resistencia que se inscribe en y desde los cuerpos de las participantes, que denuncia lo que muchos saben, pero no dicen, que ahí “desaparecen” mujeres y “aparecen” cuerpos sin vida.



Figura 2. Muro en las inmediaciones del campo rojo. 25 de noviembre de 2017. Archivo de la autora.

La siguiente parada se realizó afuera de la casa donde vivió Diana. En la fachada colgaba una gran lona con su fotografía, ahí la marcha hizo una pausa acompañada de un silencio, mientras algunos familiares y conocidos permanecían en el patio de la casa. Fue un momento de mucho respeto, dolor también pero también indignación y fuerza al ver a su familia movilizada y ellos al sentir el apoyo del cuerpo colectivo. Finalmente, la marcha continuó hasta el Ministerio público donde se llevó a cabo un pequeño mitin y las asistentes comenzaron a retirarse en

pequeños grupos, pues de nuevo el temor de que la luz del día se ocultara hizo que empezáramos el regreso.

En los testimonios recabados después de la marcha podemos ver de nuevo la sensación de temor y “vulnerabilidad”, la empatía con Diana y sus familiares, incluso la tristeza como una de las emociones que atravesaron los cuerpos de las manifestantes. Sin embargo, también es evidente la indignación y la rabia compartidas y la admiración hacia el trabajo que realizaba la familia de la víc-



Figura 3. Fachada de la casa de Diana. 25 de noviembre de 2017. Archivo de la autora.

tima. Al respecto recuperé los siguientes fragmentos de las entrevistas:

La marcha del 25N o la marcha por Diana fue muy pesada, el camino para llegar fue largo, el camino recorrido también, ver lugares tan abandonados donde somos *más vulnerables* es doloroso, ver la casa de Diana, saber que allí vivió, lloró y sonrió por 24 años, los mismos que tengo yo, ver a su madre y a su hermana tan tristes, eso me quebró, pero al mismo tiempo ver que ahora son activistas me llenó

de fuerza. (Andrea C., comunicación personal, 23 de febrero de 2018)

A mí me paso que la lejanía me hizo estar más alerta, pero lo que más me movió fue que la ruta no fue por las avenidas y calles principales sino justo haber ido por los barrios, sentí que fue más íntima por eso y que pasaron cosas hacia dentro y fuera. . . sentí solidaridad y cuidado. (Cecilia E., comunicación personal, 16 de febrero de 2018)

Como pudimos observar en los testimonios que aquí se presentan, el cuerpo y la afectividad tienen un carácter central en las marchas feministas. Entre estos elementos se tejen nudos sensibles entre política y emociones como el miedo, el dolor y la indignación, pero también la esperanza, la fuerza y la solidaridad, y gracias a ese entramado emocional es que se “reorienta nuestra relación corporal con las normas sociales” (Ahmed, 2017, p. 259).

En ese sentido, las emociones crean realidad y orientan las acciones. Por ejemplo, el miedo puede paralizarnos o limitar nuestra movilidad en la ciudad, pero también genera rabia por sentirse vulnerables y esa respuesta cuando deja de ser individual y se vuelve compartida puede generar vínculos detonantes para la acción. Por eso el miedo que se vivía en la marcha pudo seguir presente durante el recorrido, pero la indignación conjunta por el hecho mismo de sentirse temerosas inyectó también de energía y rabia el trayecto.

La indignación no se define en relación con el pasado ni se limita solamente a oponerse a algo, sino que se dirige hacia el futuro y está a favor de otra cosa, algo nuevo que aún está por definirse. Por esto, como señala Ahmed al citar a Audre Lorde, la “indignación es visionaria”, es una respuesta al mundo como tal, no solo contra un objeto. En este caso era indignación frente al feminicidio de Diana, pero también la esperanza de transformación, un ensayo de cómo sería habitar la ciudad de otra manera, cómo sería (cómo fue) imponer temor como cuerpo colectivo caminando juntas.

La esperanza como una emoción necesaria que no se trata únicamente de visión a futuro, sino que implica una relación con el presente afectado por el pasado. La esperanza “expande” los contornos del cuerpo en lugar de encogerlo como el miedo, de modo que “expresar esperanza por otro tipo de mundo, inimaginable en este momento es una acción política y sigue siéndolo aún en medio del agotamiento y la desesperación” (Ahmed, 2017, p. 282).

Después de más de cuatro años desde esta marcha, finalmente se han comenzado a ver los efectos legales de dicha movilización. En enero de 2022, se emitió una sentencia de 90 años para uno de los dos feminicidas de Diana. Aunque esto fue un gran logro, aún falta uno de los responsables, como señala Lidia Florencio “Todavía me falta demasiado para poderlo llamar justicia, pero yo te digo que ni aun así porque si no fuera porque una está ahí al cien por ciento, no tendríamos ni siquiera esta sentencia” (Soto, 2022, s/p).

## Consideraciones finales

Esta marcha puede leerse como una corpografía urbana porque impactó la cotidianeidad de los habitantes. Además, al mismo tiempo las calles transitadas marcaron los cuerpos de quienes caminamos por ellas. Este trayecto deja claro que el espacio público representa una disputa constante y no un lugar pre-existente a la acción, pues solo mediante esta el espacio se colectiviza y adquiere su carácter público. Por lo tanto, las calles, plazas y avenidas rebasan la función de soporte material para las acciones y se convierten en parte activa en el acontecer de estas y, a la inversa, las acciones colectivas tienen la capacidad de reordenar y generar nuevas significaciones.

Asimismo, la marcha constituyó otra forma de acompañamiento para los familiares de la víctima (Diana en este caso), pero que va más allá del caso particular, porque vincula otros tipos de violencia machista como el orden patriarcal del espacio que rige calles y avenidas en las periferias. Así pues, la movilización puso en evidencia algunas de las dificultades a las que se enfrentan las mujeres en su recorrido diario para llegar a casa, el trabajo o la

escuela y también permitió descentrar la mirada de los lugares donde tradicionalmente tienen lugar las protestas de este tipo.

Como vimos, “poner el cuerpo” no constituye únicamente un “medio” para manifestarse, sino que plantea una

serie de desafíos en términos corporales de ocupación del espacio, “lo que significa que cuando el cuerpo *habla* políticamente, no lo hace solo de manera oral o escrita”, como señala Judith Butler (2019, p. 87), sino que también puede hacerlo a través del movimiento o desde la inmovilidad consciente y explícita del estar de pie y guardar silencio al pasar por una calle y no por otra, o al hacer una pausa en ciertos espacios que adquieren otros sentidos al transitar por ellos. Por ello, podemos afirmar que el cuerpo es un catalizador de renovados discursos y prácticas feministas en América Latina, como señala Natalia Souza (2019), y que los repertorios de protesta que utilizan las marchas feministas resignifican en términos espaciales y visuales el paisaje urbano y la memoria colectiva de sus habitantes.

Por último, es fundamental señalar que andar una marcha siempre tiene lugar sobre los pasos de otras mujeres que recorrieron antes el camino de la rabia, del enojo y la indignación, re-escribir el espacio con el cuerpo implica volver a gritar y exigir sobre el eco que otras voces antes se hicieron presentes. En ese sentido, la corpografía de la marcha que describí es también un marcaje territorial que irrumpe trayectorias cotidianas, dejando huellas y vestigios por las calles y terrenos que dejan de ser baldíos.

Cabe notar que esta no fue la primera, y lamentablemente tampoco la última marcha en el Estado de México que denuncia feminicidios. Se han realizado muchas otras marchas, intervenciones artísticas, pinta de murales, mercaditas feministas, concentraciones, rodadas y otras acciones que han contribuyen para hacer visible la violencia hacia las mujeres en diferentes municipios de la demarcación. Sin embargo, este trabajo pretende contribuir a mirar el dispositivo de la marcha y de otras acciones de protesta que trastocan el espacio urbano desde una perspectiva a pie de calle, centrada en la dimensión emocional y corporal, pues como señala Cristina Rivera Garza “la rabia está ahí, en el tarareo, el canto, el ritmo

que producen los cuerpos juntos cuando nuestros pies, siempre tras las huellas de tantas otras, se mueven para avanzar en otra dirección hacia un futuro” (Rivera, 2021, p. 36).

## Referencias

- Ahmed, S. (2017). *La política cultural de las emociones*. CIEG/UNAM, México.
- Butler, J. (2019). *cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Paidós, Buenos Aires.
- Berenstein, P., (2008). Corpografías urbanas, En *Arquitextos* 8(93).  
[https://vitruvius-com-br.translate.google.com/revistas/read/arquitextos/08.093/165?\\_x\\_tr\\_sl=pt&\\_x\\_tr\\_tl=es&\\_x\\_tr\\_hl=es&\\_x\\_tr\\_pto=sc](https://vitruvius-com-br.translate.google.com/revistas/read/arquitextos/08.093/165?_x_tr_sl=pt&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=sc)
- Berenstein, P. y Britto, F. (2012). Corpo e cidade. complicações em processo. *Rev.UFMG Belo Horizonte*, 19(1), (2), pp. 142-155.
- Cervantes, A. (23 de febrero de 2018). Testimonio de integrante de Colectiva *Sícorax* (Comunicación personal).
- Espíritu, C. (16 de febrero de 2018) Testimonio de integrante de Colectiva *Sícorax* (Comunicación personal).
- Jasper, J. (2012). ¿De la estructura a la acción? La teoría de los movimientos sociales después de los grandes paradigmas. *Sociológica* 27(75), pp. 7-48.
- Lefebvre, H., (2013). *La producción del espacio*. (Trad. Emilio Martínez). Capitán Swing Libros, Madrid (original en inglés 1974).
- Maffia, D., (2016). Contra las dicotomías: feminismo y epistemología crítica. En Korol, C y Castro, G. (comp.) *Feminismos Populares. Pedagogías y políticas*. América Libre y La Fogata. Colombia. pp. 137-151.

Sennett, R. (1997). *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Alianza, Madrid.

Souza, N. (2019) When de body speaks (to) the political: feminist activism in Latin America and the quest for alternative democratic future. *Contexto Internacional*, 41, pp. 89-111.

Soto, P. (2012) El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México: una cuestión de justicia espacial. *Revista INVI*, 27(75), pp. 145-169.

Soto, P. (2015). Dimensiones espaciales de la acción colectiva en el espacio público, *Bricolage*. <https://revistabricolage.wordpress.com/2015/07/01/dimensiones-espaciales-de-la-accion-colectiva-de-mujeres-en-el-espacio-publico/>

Soto, A. (18 de enero de 2022). Sentencian a uno de los feminicidas de Diana Velázquez. *Desinformémonos*. <https://desinformemos.org/sentencian-a-uno-de-los-feminicidas-de-diana-velazquez/>

Soto, A. (26 de junio de 2018). Nos Queremos Vivas Neza: 1 año de autodefensa y poder colectivo. *La Crítica*. <http://www.la-critica.org/nos-queremos-vivas-neza-1-ano-de-autodefensa-y-poder-colectivo/>

Medrano, R., Ramón, R., Dávila, I., (22 de abril de 2019). Chimalhuacán, primer lugar en feminicidios en EDOMEX. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2019/04/22/estados/024n1est>

Navarrete, P., (25 de abril de 2016). Miles de mujeres protagonizan la mayor marcha contra la violencia machista en México. *El País*. [https://elpais.com/internacional/2016/04/25/mexico/1461543070\\_815064.html](https://elpais.com/internacional/2016/04/25/mexico/1461543070_815064.html)

Rivera Garza, C., (2022). Ya para siempre enrabiadas. En Belausteguigoitia, Marisa (coord.) *GRRRRR Género: Rabia, Ritmo, Ruido, risa y Respons-habilidad*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), pp. 31-35.

Villegas, D. (2022). Una flaneuse en la periferia de la ciudad de México: tiempos muertos de la fotógrafa Sonia Madrigal. En Belausteguigoitia, Marisa (coord.) *GRRRRR Género: Rabia, Ritmo, Ruido, risa y Respons-habilidad*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género (CIEG) Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), pp. 71-82.